

Manual de Urbanidad

EL REY

Luis Carandell

LA urgencia de un Tratado de Cortesía y Buenos Modales se hace particularmente evidente en aquellos capítulos que deberían referirse al trato con el Rey.

Hay una indefinición total que redundará en la perplejidad de quien a él se dirige. Desde los tiempos en que los vasallos se retiraban de la augusta presencia reculando y haciendo reverencias a fin de no dar la espalda al soberano, ha llovido mucho. El trato con la realeza tenía sus reglas escritas o como si lo fueran; y no había duda. Hoy es necesario improvisar, con ayuda si acaso de la real llaneza, el nuevo protocolo.

La última recepción de La Zarzuela, la que la Corona ofreció a los hombres de letras con motivo del Día del Libro, fue una buena oportunidad para comenzar a pensar en una «Introducción al trato con el Rey». La recepción, claro está, tenía este año un contenido muy especial. «Este señor se merece que uno haga para verle mucho más de seiscientos kilómetros», dijo un escritor barcelonés que había llegado a Madrid en coche expresamente para la recepción. Tomándole el verso prestado a Agustín Lara, podríamos decir que fue «un agasajo postinero con la crema de la intelectualidad». No importa que fuera el Rey quien ofreciera un homenaje a las letras. El homenajeado era él. La asistencia a los homenajes tiene siempre algo de profesión de fe. Ir o no ir, estar o no estar, depende del contenido del homenaje, especialmente para gentes a quienes, como sucede a menudo con los intelectuales, cuesta trabajo salir de casa para estas cosas. La recepción del Día del Libro no ofrecía dudas. Sobre la tarde del 23 de abril pesaba el recuerdo de la tarde de otro 23. Para los invitados, ir o no ir era un poco ser o no ser.

Al Rey no se le hace esperar. Esta parecía ser la invariable regla del protocolo de siempre. La recepción comenzaba a las siete y desde las seis y cuarto había una larga cola de coches en la entrada de Somontes, en la carretera de El Pardo. Los invitados —Caballeros, traje oscuro; Señoras, traje corto—, aguardaban en los coches a que pasaran el control los que les precedían. Un soldado de la guardia leía en voz alta los nombres de los que iban en los coches para que otro puntuara la lista, en un rasgo de bolígrafo, que venía a sustituir al golpe de alabarda de otros tiempos. Los conductores recorrían con cierta palaciega, inevitable unción

los tres o cuatro kilómetros que separan la entrada de Somontes del Palacio, a través del precioso y verde encinar.

La Zarzuela es un discreto palacete, un chalé de lujo se diría más bien, decorado en estilo español con enmaderadas paredes y mullidas alfombras, pero sin grandes muebles ni grandes cuadros. Residencia «neomonárquica» sin pretensión de empaque o, mejor dicho, con acierto de soberana sencillez que va como anillo al dedo al nuevo rostro de la institución. Lo más bonito es el jardín, un precioso césped enmarcado en altos árboles que tiene su acceso desde la casa por el salón donde la recepción se celebraba. Llovía y no pudiendo salir al jardín, la no muy espaciosa estancia se hallaba literalmente abarrotada por cerca de cuatrocientas personas en un ambiente que tenía más de premio literario o de presentación del último libro que de recepción de palacio.

Escritores, editores, académicos formaban el principal contingente de invitados pero había mucha gente de la Prensa, otra consecuencia de los hechos de febrero después de la que un historiador pudo decir que la crisis había sido resuelta por el Rey y el transistor. Había unanimidad, entre los hombres, en la obediencia a la etiqueta de traje oscuro que se sugería en la invitación. A los académicos solemos verles vestidos así y no sorprende encontrárselos disfrazados de sí mismos. Los más jóvenes, y no tan jóvenes «progres» de sucesivas décadas de inquietud española tenían un extraño aspecto con su traje sacado del poco asiduo fondo del armario. Me pareció, por ejemplo, que los humoristas gráficos les habían pedido prestado el terno oscuro a algunos de sus personajes.

La excepción indumentaria la ponía el Rey, que iba de azul metálico, otro motivo, además de su estatura y de su perfil borbónico, para hacerle destacar en el centro del salón. Un rey más

monárquico que él se habría refugiado en un lado de la sala, entocado entre torres y alfiles. Don Juan Carlos permanecía en el centro saludando a los que se acercaban a él, charlando animadamente con ellos, dándoles golpecitos en el brazo y riéndose con la naturalidad en que reside el nuevo protocolo.

El trato con el Rey es aparentemente sencillo. Un trato «natural». Y está pronto dicho porque ¿cuál debe ser la nueva naturalidad para con el Rey? A uno le asaltan continuamente dudas acerca de cómo dirigirse a él. Lo normal parece ser llamarle «Majestad», que en el fondo es menos monárquico, o, si se quiere, más neomonárquico que «Señor». Pero uno piensa que el tratamiento que a continuación debería concedérselo en buena lógica, el tratamiento de Vos, usando la segunda persona del plural en el verbo, resultaría demasiado regio. El Usted, por otra parte, no es fácil de usar con soltura delante del Rey aunque al final acaba siendo el mal menor. El Tú que a veces él invita a utilizar a algunos que tienen con él una mayor relación está casi en las fronteras de lo imposible. La indefinición de la urbanidad palaciega hace que el perplejo visitante resuelva con inconcretos sonidos guturales la difícil elección del tratamiento.

Don Juan Carlos es hombre de por sí llano y, además, cultiva el protocolo de la llaneza. Conozco a gente que ha chocado con el Rey en las pistas de Baqueira Beret y atestigüa lo muy simpáticamente que S.M. se toma el incidente. Chocar con un rey es algo para lo que nuestra rancia urbanidad no nos ha preparado. Los periodistas que han acompañado al Rey en sus viajes dicen que en ciertos momentos en que se relaja el protocolo, cuenta chistes y dice alguna picardía. Pero todos ellos están de acuerdo en reconocer que, en tales momentos, no es fácil reír la gracia y, menos, seguir la

broma. La risa queda como congelada por el temor a propasarse en el comentario.

Con don Juan Carlos, no obstante, no resultaría difícil transgredir las normas de una urbanidad tan poco estructurada. Con doña Sofía sería imposible. Es más Reina ella que él Rey, diríamos para entendernos y cualquiera que la haya visto de cerca reconocerá que tiene un asombroso aplomo en lo que se llama saber estar. En la recepción del 23 de abril la vimos aguantar imperturbable, con interesada atención, durante casi me-

dia hora, el discurso de un señor mayor que la tenía «secuestrada» cerca de la puerta del salón y que, a juzgar por su cara y por sus gestos, daba la impresión de que le estaba recitando una poesía.

La mayoría de los invitados del Día del Libro pertenecía a la especie de los que Víctor Márquez llama «monárquicos de razón», que parecen haber comprendido muy bien la nueva filosofía de la institución, aunque no dominan todavía la nueva urbanidad. Pero los había también de los otros, de los que llevan aprendido el proto-

colo antiguo, del viejo Manual, en su trato con una realeza que ya no es lo que ellos piensan. Al acercarse al Rey o a la Reina asomaba en su cara una expresión transida, radiante, extática como en salón del Trono. Con la Reina esto se nota menos porque su actitud es un punto más regia que la de su marido, una actitud diríamos, puente entre el viejo y el nuevo monarquismo. Pero con el Rey, el desfase de esta generación de monárquicos de sentimiento es muy visible, casi escandalosa.

Cuando, por ejemplo, el Rey pidió a los presentes un recuerdo para Josep Pla, que había fallecido aquella misma mañana, lo hizo con una naturalidad y una ausencia de soberana retórica que contrastaba con el tono grandilocuente con que un «ilustre escritor» había pedido silencio a los presentes para permitir que el Rey hablara. Juraría que, entre los invitados a la recepción, los había mucho más monárquicos que don Juan Carlos. ■ L. C.

